

**Título: *Empatía.***  
**Pseudónimo: *Eme Jota.***

Cuando Mikel despertó aquella mañana, y mientras se desperezaba acostado todavía en la cama, sólo era consciente de un extraño regusto amargo en la boca, que estaba seguro de que desaparecería en cuanto se lavara los dientes, pero cuando vio su reflejo en el espejo del baño, casi se asustó, tenía grandes ojeras, y parecía tener un color verdoso, sin duda estaba incubando algo, un constipado, o un principio de gripe, pero de momento no era tan grave para no poder ir a trabajar.

Se sorprendió del hambre que sentía, por las mañanas solía desayunar el café con leche bebido, y no comía nada hasta media mañana, pero ese día se sentía hambriento, y sobre todo sediento; después de su taza de café, se tomó dos vasos grandes de agua, y siguió bebiendo a lo largo de todo el día, sin que la sensación de sed le desapareciera.

- ¿Te encuentras bien?

No era el único en darse cuenta de su mal aspecto, pero consiguió pasar el día sin demasiados problemas, y cuando por la noche regresó a su casa, cenó pronto y se acostó, no sin antes beberse otros dos vasos de agua que no le calmaron la inagotable sed.

Despertó, cansado, al límite del agotamiento, y siempre con aquella horrible sensación de sed que le obligaba a mirar codiciosamente toda aquella agua que le rodeaba por todas partes, haciéndole pensar lo horrible que debía ser, que de hecho estaba siendo, morir de sed en medio del mar, de ese oscuro mar en el que había pasado todo el día durmiendo, ocultándose como podía del abrasador sol, para sólo ahora, en la oscuridad helada de la negra noche, moverse lo suficiente para no perecer de frío.

*¿Y dónde estaba la tierra firme?*

Ya no sabía los días que llevaban a la deriva, sin saber si la dirección era correcta, o si estaban internándose cada vez más en aquel mar hambriento que amenazaba devorarles.

Observó a sus compañeros, tan débiles y demacrados como él mismo, ¿dónde estaba la tierra prometida? apenas conseguía ver sus rostros, tan negros como la negra noche, y sólo los ojos enrojecidos marcaban las distintas presencias, ¿cuántos ojos? dos, cuatro, seis... contó hasta veintiocho, faltaban dos, alguien seguía durmiendo, uno de ellos no se había despertado todavía, y de alguna forma sabía que ya no se despertaría, y casi sintió envidia, porque era la única forma de dejar de sentir sed, esa sed increíble que le hacía olvidarse del hambre, que le hacía olvidarse de por qué estaba allí, que le hacía olvidarse de su padre, de su madre, de sus hermanos y amigos, de todo lo que había dejado atrás para buscar algo a lo que ya no creía que pudiera llegar.

Intentó moverse, aunque apenas había lugar para hacerlo en el pequeño ataúd flotante en el que viajaban, y su leve movimiento despertó ecos de protesta en los semicadáveres que le acompañaban, una pequeña muestra de vida de aquellos entes que en algún momento habían sido auténticos seres vivos, como él mismo lo había sido.

Consiguió recomponer su postura, a pesar de que el menor movimiento de su entumecido cuerpo le dolía como si le estuvieran clavando cuchillos al rojo vivo, y se abrigó cuanto pudo para esconderse de la furia del vendaval que los azotaba... ¿y si cogiera la ropa

del muerto? sintió cómo todo el vello se su cuerpo protestaba, se erguía furiosamente para decirle que estaba en completo desacuerdo, que era algo que no debía hacer, desde pequeño le habían enseñado que había que respetar a los muertos, pero desde pequeño nunca había sentido tanto frío, tanto miedo de morir congelado, como en ese momento, y entre las renovadas protestas de los cuerpos zarandeados, y la propia protesta de su mismo cuerpo, consiguió acercarse al que un día le sonrió cuando se lanzaban a la aventura de cruzar el mar, le despojó vilmente de sus mantas, y volvió a su posición, algo más caliente, algo más reconfortado con el exterior, y algo más hundido en su amarga desesperación...

No sabía cuanto rato llevaba sonando el despertador antes de que le lanzara un manotazo que lo derribó al suelo, con un estrépito que le resonó en la cabeza como si alguien le hubiera dado un mazazo, y así se sentía, como si alguien hubiera pasado la noche golpeándole una y otra vez, por el puro placer de hacerlo.

Bueno, se tenía que levantar otra vez, ¡qué larga se le estaba haciendo la semana! ¡cómo ansiaba que llegara el sábado, solamente para poder dormir toda la mañana!

Aquello ya no era un regusto amargo, sentía la boca hinchada, reseca, y se sorprendió a sí mismo al verse inclinado sobre la pila, bebiendo a morro el agua que salía, como si no fuera agua, como si fuera la propia vida que debía absorber de alguna manera.

- ¡Cielos, Mikel, estás horrible!

- Me siento horrible.

- Deberías ir al médico, tienes muy mal aspecto.

- Si no se me pasa, mañana iré.

Dejó la botella de agua sobre la mesa, para poder beber de vez en cuando, pero apenas una hora después tuvo que ir a sacar otra de la máquina, porque ya la había vaciado, ¿dónde iba a parar toda aquella agua que tomaba? porque él apenas iba al baño, y tampoco sudaba, no la eliminaba de ninguna manera, y seguía bebiendo sin parar.

- Me tendrás que decir que dieta haces, estás mucho más delgado.

Sonrió a su compañera, pero se sentía agotado, apenas tenía fuerza para contestar, y mucho menos para trabajar, cada papel que movía parecía pesar una tonelada, y levantarse de su silla le parecía casi imposible... tal vez no debería esperar al día siguiente, tal vez debería ir ahora mismo al médico, porque aquello no era normal.

- Creo que me voy a urgencias -susurró, más que habló.

- ¿Quieres que te acompañe?

- No, cogeré un taxi, no te preocupes.

- ¿Estás seguro?

De nuevo sonrió como respuesta, necesitaba ahorrar energías, y se levantó a cámara lenta, observado por sus compañeros, sabiendo que en cuanto se alejara comenzarían a cuchichear sobre él, a hacer mil suposiciones sobre lo que le podría estar pasando, y probablemente achacándolo a noches de juergas que ya no se corría, a borracheras que ya habían pasado a la historia, a orgías que sólo se desarrollaban en sus calenturientas imaginaciones...

De nuevo el frío de la noche le obligaba a abrir los ojos, a enfrentarse con la realidad, y a observar ansiosamente a su alrededor: todo seguía igual, agua por todas partes, agua salada cuyo movimiento a su lado despertaba inmediatamente su ardiente sed.

Tosió, no sólo porque su seca garganta se lo pedía, sino también, y sobre todo, por escuchar un sonido humano, y para advertir a sus compañeros de su presencia, ¡seguía vivo! ¿cuántos podían decir eso? casi todos los ojos permanecían cerrados, y los cuerpos enrollados en las mantas apenas daban señales de vida, tenía que fijarse mucho para detectar el leve vaivén de los pechos que apenas conseguían respirar.

Cuando el siguiente movimiento que hizo le destapó un desnudo pie, casi se asustó al verlo, tan negro... sí, tan negro como siempre, y sin embargo por un momento había pensado que era blanco, que todo su cuerpo era blanco, y que no tenía hambre, ni sed, ni había tenido que abandonar a su familia, a sus amigos, y que tenía un trabajo en el que le apreciaban, en el que le querían y se preocupaban por él, en el que la gente que le conocía lo estaba pasando mal al ver que estaba enfermo, al adivinar que algo le pasaba...

Intentó hablar, comunicarse con los supervivientes, pero sólo le salió un sonido ronco de la garganta, algo que ni siquiera él podía entender, como si el pensamiento se hubiese perdido en el camino desde su cerebro hasta su boca, y se hubiera transmutado en un ruido animal, o ni siquiera eso, algo tan frío como la misma noche, como el suave oleaje que continuaba riéndose de él, llamándole para que se reuniera con él, para que terminara su angustiada existencia en el fondo de aquel mar que debía transportarle a un mundo mejor.

Sólo mucho después consiguió reunir las fuerzas suficientes para levantarse, tenía que hacer sus necesidades, no podía hacérselo encima, por mucho que lo deseara, y también tenía que saciar otra necesidad, tal vez un poco morbosa, la de remover los esqueléticos cuerpos para saber cuántos de ellos todavía sobrevivían, como él mismo... uno, dos, tres... hasta siete cuerpos se removieron levemente ante su insistencia, tal vez alguno más todavía tuviera un leve aliento de vida, pero tan pequeño que no llegaba a hacerse visible, y él era el único que todavía conseguía levantarse, caminar torpemente por entre los futuros muertos que apenas protestaban ante sus patadas y zarandeos, ¿de dónde sacaba aquella extraña fuerza, aquella vitalidad, escasa pero imprescindible?

Paracetamol y mucha agua, después de varias horas esperando en urgencias, y después de hacerle distintas pruebas y análisis, esa había sido la respuesta, no habían encontrado nada, tal vez un poco de desnutrición, tal vez un poco de deshidratación, tal vez un poco de gripe, tal vez..., tal vez no tenían ni la menor idea de lo que le podía estar pasando, ¿cómo podía estar deshidratado, si no paraba de beber agua?

Con las pocas fuerzas que le quedaban acabó de saquear la nevera, no podía permitirse el lujo de prepararse algo más elaborado que un bocadillo, y pasó por alto todo lo que le pudiera dar más sed de la que a todas horas sentía: nada de jamón serrano, ni pensar en anchoas... queso, el queso estaría bien, queso de cabra, de las cabras que cuidaba cuando era pequeño, cuando todo su mundo se reducía a eso, a que ningún animal del pequeño rebaño se le escapase, en regresar con todas a salvo, evitando a cualquier depredador que intentara llenarse el estómago con una de sus cabras... ¿cabras? ¿cuándo había cuidado él de las cabras? su vida había transcurrido íntegramente en la ciudad, no conocía más cabras que las de las granjas-escuela que había visitado con el colegio, y jamás habría puesto su propia vida en peligro por evitar que otro animal se comiera alguno de aquellos bichos, ¡si ni siquiera sabía que depredadores naturales podían tener las cabras!

Su estómago rugió al recibir el alimento, como si hiciera días, y no apenas unas horas,

desde la última vez que lo había hecho, ¿sería algún tipo extraño de solitaria, algo que consumía todo lo que él ingería, ya fuera sólido o líquido?

Apenas conseguía tragar, necesitaba beber entre mordisco y mordisco, y tampoco conseguía evitar la sensación de frío. Comprobó los radiadores, casi quemándose la mano al tocarlos, y al mirar el termostato constató que estaba a veinticuatro grados, dos más de los que solía tener marcados, ¡y seguía tiritando!

Acabó el bocadillo y se tomó un vaso de leche muy caliente, y decidió acostarse y acurrucarse en las mantas, ¡tres mantas se había puesto en la cama!, pero antes tuvo que pasar por el cuarto de baño, más por costumbre que por necesidad.

¿Ese era él?

Casi se asustó al ver su reflejo, ¿siempre había sido tan blanco? parecía un fantasma, y estaba en los huesos, aquello no era normal, algo malo le estaba ocurriendo, algo muy malo, y que los médicos eran incapaces de detectar.

Corrió a su dormitorio y se metió de golpe en la cama, tiritando violentamente...

*...tiritando violentamente, se despertó.*

Había pasado otro día, y seguía vivo.

La primera urgencia era moverse, avisar a su cuerpo de que todavía estaba allí, de que todavía aguantaba, de que debían seguir resistiendo juntos.

Gruñó, con la lengua hinchada dentro de lo que una vez era una boca, entre dientes que sentía que se le movían, y por un momento sintió un ligero sabor a leche, a queso, a cabra, a las cabras de su infancia, y a pesar del dolor que el gesto le provocaba, sonrió.

Como la noche anterior, consiguió levantarse torpemente, y fue zarandeando los cuerpos de sus compañeros, uno a uno, ¿cuántos permanecían con vida? uno... dos... ¿dos? uno de ellos se había quejado levemente ante su patada, pero del segundo no estaba seguro, no sabía si había hecho un leve movimiento consciente, o si se había debido tan sólo al suave oleaje que había coincidido con él. Tampoco sabía cuántos días llevaban a la deriva, ni cuánto podía aguantar un ser humano sin comida ni agua.

Orinó sobre el mar, extrañado también de que pudiera seguir saliendo algún líquido de su seco cuerpo, y volvió a acurrucarse con todas las mantas que podía amontonar sobre sí mismo sin asfixiarse, consiguiendo entrar en calor en la gélida noche, y logrando estar casi cómodo entre los cadáveres que le acompañaban.

*¿Quién se ocuparía ahora de las cabras?*

*¿Quién se ocuparía ahora de sus padres?*

*¿Quién se ocuparía de enterrar su cadáver?*

*¿Quién...? ¿Qué era aquello? ¿una luz?*

Entrecerró los ojos para ver mejor, extraño gesto que él no recordaba haber hecho nunca, ¿por qué debería ver mejor con los ojos medio cerrados? pero a su alrededor sólo había oscuridad, la misma oscuridad de todas las noches, ¿o no? de nuevo le pareció ver una luz, y sí, aparecía y desaparecía, pero estaba allí, volvía una y otra vez, le saludaba alegremente, le avisaba de que se estaba acercando a tierra, a cualquier tierra, ya le daba igual llegar a su destino, o regresar a su casa, o arribar a cualquier lugar que pudiera recibirle...

Mikel se despertó bruscamente, no sabía qué había cambiado, pero era consciente de que algo había ocurrido mientras dormía: seguía cansado, febril, hambriento y sediento, y sin

embargo se sentía contento, casi feliz.

Se levantó, tiró al suelo las mantas que súbitamente le estorbaban, y fue directamente a la cocina, donde se tomó un buen trago de leche directamente de la botella, de nuevo sonriendo ante los recuerdos ajenos que aquel acto despertaban en él.

Por primera vez en varios días encendió el televisor, y frunció el ceño ante las noticias, tan negativas como siempre: un hombre había intentado matar a su mujer..., una pelea en un bar se había saldado con un muerto y varios heridos..., los perros de la policía habían detectado un alijo de drogas en el aeropuerto..., y una patera había llegado a las costas canarias con catorce cadáveres y sólo dos supervivientes, de los cuales uno estaba a punto de morir, y sólo el más joven de ellos, un muchacho que parecía ser menor de edad, se encontraba en bastante buena forma.

Mikel observó cómo envolvían el cuerpo del muchacho para que entrara en calor, y sintió un súbito calor recorriendo todo su cuerpo, confortablemente.

Ya no sentía fiebre, y el cansancio le iba desapareciendo poco a poco, se sentía más fuerte por momentos.

El superviviente de la patera bebió ávidamente de la botella que le tendían, y Mikel sintió cómo desaparecía el amargo sabor de su boca, cómo dejaba de sentir aquella sed tan abrasadora que le había acompañado durante todos esos días.

La tele decía que era un milagro que el muchacho estuviera vivo y en tan buenas condiciones, y Mikel sonrió al pensar por última vez en las cabras que nunca había cuidado, y comenzó a vestirse para volver a su trabajo, para volver a su propia vida.